

El retroceso de lo francés

Alfredo Bryce Echenique

No hace mil años de ello –apenas cien– y sin embargo qué lejanas y absurdas nos suenan hoy estas palabras de Víctor Hugo, el más universal de los poetas franceses: «De niño hablaba mejor el español y hasta empezaba a olvidar el francés. De haber vivido y crecido en España, me habría convertido en un poeta español y mis obras no hubieran tenido el alcance que han tenido, por haber sido escritas en una lengua poco conocida. La caída de Napoleón, y con ella la de José Bonaparte, de quien mi padre era lugarteniente, durante la ocupación francesa en España, hizo que éste, y que yo, como consecuencia de ello, retornáramos a vivir en Francia y que yo me convirtiera finalmente en poeta francés».

Creo que este asunto es poco conocido, pero viene a cuento mencionarlo como una evidencia muy clara del gran cambio del peso internacional del idioma francés, que prácticamente se bate en retirada hoy, mientras que el español gana día a día en vigor y conoce una expansión acelerada. Por lo demás, se sabe hoy que Víctor Hugo escribió un diario clandestino en español, en el que relataba con extrema minucia los innumerables incidentes de su tumultuosa vida sexual. En un párrafo consagrado a su reencontro, ya septuagenario, con su hija Adèle, enloquecida en el Caribe y acompañada por una criada negra, escribe el autor de *Los miserables*: «Vuelvo a ver a Adèle después de una eternidad. Primera vez que me acuesto con una negra.» Los tiempos han cambiado, y mucho, desde entonces, y hoy los poetas franceses

no tienen quién les escriba, por decirlo de alguna dulce manera, y el español, segunda lengua de Francia, hoy sería incapaz de disimular los secretos de nadie. La Alianza Francesa, verdadero buque escuela de la lengua y de la cultura francesa, a lo largo de todo el siglo XX, es hoy, en el XXI, una institución en bancarrota que va cerrando sus centros por todas partes, mientras que el Gobierno francés dicta medidas destinadas a salvar del naufragio no sólo la lengua y el cine galos, sino también, cosa increíble, la propia gastronomía y la moda. Mientras que ésta se desplaza a Nueva York, Londres, Roma o Milán, más de un gran restaurante ha perdido estrellas en guías tan conocidas como la Michelin. Muy simbólico fue, creo yo, el suicidio de uno de los más importantes chefs de Francia al enterarse de que su establecimiento estaba entre aquellos que habían perdido categoría en las guías culinarias, y yo aún recuerdo el lloriqueo de ciertos renombrados maestros de la alta costura pidiendo protección estatal, allá en los años setenta, ante la invasión de las telas y los pantalones tejanos en la moda de todo tipo y precio.

En su prólogo al libro *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, Sartre hablaba de lo cómodo que resultaba ser francés, presintiendo tal vez que dicha comodidad estaba a punto de volar hecha pedazos. Yo vivía en Francia en aquellos años y puedo recordar perfectamente la autosuficiencia de sus pobladores en el terreno de la cultura en general. La mayor aventura de un francés, por aquellos años, consistía en probar lo ajeno, aunque siempre con la absoluta tranquilidad de regresar siempre a lo suyo y de encontrarlo incomparable. «Está muy rico, pero no es la cocina francesa», podía ser perfectamente bien la frase que todos repetían –aunque sea mentalmente– al salir de un restaurante chino o italiano, por ejemplo.

Pero el colmo de los colmos, creo yo, fue que al final de su vida el importante poeta católico Charles Peguy se jactara de no haber leído un solo libro que no fuera francés. Sin duda le bastaba, y no presentía siquiera que ya en sus días la hegemonía francesa empezaba a ser cosa del pasado, aunque el francés continuara siendo aún el idioma de la diplomacia, algo que hoy asombraría a un joven que empieza estudios en este dominio. El francés se encuentra hoy reducido al campo de la heráldica, pero la heráldica se

encuentra hoy desterrada al mundo de las menos frecuentes curiosidades.

No sé si hay que ser tan cruel y paradójico como Jorge Luis Borges, que en una conferencia que dictó allá por los setenta en el *College de France*, sacra institución de *lo francés*, se obstinó en hablar de la grandeza de la poesía anglosajona y puso fin a su intervención sin mencionar a un solo poeta francés. Preguntado sobre ello por un sabio asistente, no escondió su menosprecio por la poesía gala. Y, a la pregunta de un impaciente maestro sobre un poeta de la talla de Rimbaud, respondió, perverso y feliz: «A condición de no leerlo con demasiada atención», dejando pasmado al auditorio. Pues pasmado también me he quedado yo cuando a mi regreso de un viaje a París, hace unos años, muy provisto de recientes novelas francesas –muchas de ellas transcurren en la Ciudad Luz–, he leído a menudo que el vino de mesa que consumen los personajes en cualquier restaurante es un tinto de la Rioja ©

